

Pedro Mañas

David Sierra Listón

Anna KADABRA

El festival de brujería



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Pedro Mañas, 2022
© de las ilustraciones, David Sierra Listón, 2022
Diseño y maquetación: Endoradisseny
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: marzo de 2022
ISBN: 978-84-08-25135-4
Depósito legal: B. 2.052-2022
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

The title 'Anna KADABRA' is rendered in a vibrant pink color. 'Anna' is written in a cursive script, while 'KADABRA' is in a bold, blocky font. The letter 'K' is decorated with a black and white striped pattern. A black and white striped witch's broom is positioned behind the 'K'. A black witch's hat with a pink band is placed on top of the final 'A'. Three pink stars are scattered around the text: one above the first 'A', one between the two 'A's, and one between the 'B' and 'R'.

El festival de brujería

DESTINO



¡Cof, cof!

Perdón, quería decir que... ¡cof, cof, cof!

Ya está, creo que por fin he terminado de...

¡cof, cof!

No, no es que me haya vuelto loca. Es que aquí dentro hay tanto polvo que no puedo parar de toser. ¡Has hecho bien en abrir el libro de par en par! Así se ventilará un poco esta historia.

Una historia que comenzó hace unos días...
con una gran limpieza mágica.

¿A que lo de «mágica» suena divertido? Bueno, pues no. Es como una limpieza normal, solo que en vez de plumero usas varita. Por lo demás, resulta igual de aburrida.

—¡Aburrida pero necesaria! —replicó Sarah Kazam, la mejor alumna de mi club mágico.

Me dio rabia, pero Sarah tenía razón. ¡No veas cómo estaba nuestro cuartel general! Se trata de



una casa encantada donde nos reunimos a medianoche para estudiar hechicería.

Últimamente estaba tan sucia que, más que miedo, daba asco.

—Tiene más mugre que una granja de cerdicornios —bromeó Ángela Sésamo, que aquella noche se había presentado con tutú de bailarina. No me preguntes por qué.

—Qué exageradas —rio Marcus Pocus, mi mejor amigo—. No está tan mal...



Tuvo que callarse cuando entramos a limpiar los dormitorios. Apenas se podían distinguir las colchas de las telarañas. De las lámparas colgaban setas. Las almohadas olían a pies.

A pies de muerto.

—Cof, cof —tosí yo, levantando aún más polvo—. Oye, ¿esto no debería limpiarlo Carapuerro?

Así se llama el mayordomo fantasma que vigila la enorme mansión.



—¡Carapuerro está de vacaciones, querida!
—exclamó alguien a mi espalda—. Su prima lo
ha invitado a pasar un mes en su *cetenmerio*.
Es decir, *mecenterio*. ¡Ay, cementerio, córcholis!

La que se acercaba era Madame Prune, nuestra
maestra. Jamás la había visto tan nerviosa. Iba
por ahí como loca, sacudiendo alfombras y
abrillantando espejos. A veces se equivocaba
y se ponía a sacar brillo a las alfombras. Como
le diera por sacudir un espejo, íbamos listos.

—Daos prisa, queridos —repetía, disparando
a ciegas sus conjuros quitamanchas—. Nuestros
invitados deben encontrarlo todo *ferpecto*.
Ay, digo, perfecto.

Y no eran unos invitados corrientes. ¡Eran
brujos y brujas como nosotros!

Resulta que íbamos a ser los anfitriones del

Gran Festival Anual de Brujería. Un montón de aprendices de otros clubes viajarían a Moonville para pasar con nosotros el fin de semana.

Eso suponiendo que lo tuviéramos todo a punto para el viernes, claro. Lo veía difícil. Sobre todo cuando empecé a barrer bajo las camas y una enorme rata gris salió disparada.

Espera. Era mi gato Cosmo, rebozado en polvo como una albóndiga.





El viernes por la mañana, en el cole, no podía dejar de mirar por la ventana.

—Señorita Green —me regañó la profe—.
¿Sería tan amable de aterrizar de una vez?

No es que hubiera ido a clase en escoba.
Simplemente estaba en las nubes.

Por suerte, la profe era la propia Madame Prune. Lo que pasa es que en clase se hace la

dura... y un moño para recogerse la melena.
Lo lleva más apretado que las mallas de un
superhéroe.

El que no necesita fingir antipatía es mi
compañero de pupitre, el malvado Oliver Dark.
Además de un abusón, es bastante cotilla.
¡Últimamente me vigila a todas horas!

Creo que cada vez sospecha más que soy una
bruja.

—¿Qué esperas ver ahí fuera? —preguntó,
dándome un codazo—. ¿Una vaca voladora?



Qué va. Esas las he estudiado en Zoología Fantástica y solo despegan al atardecer.

—¿Y a ti qué más te da? —respondí.

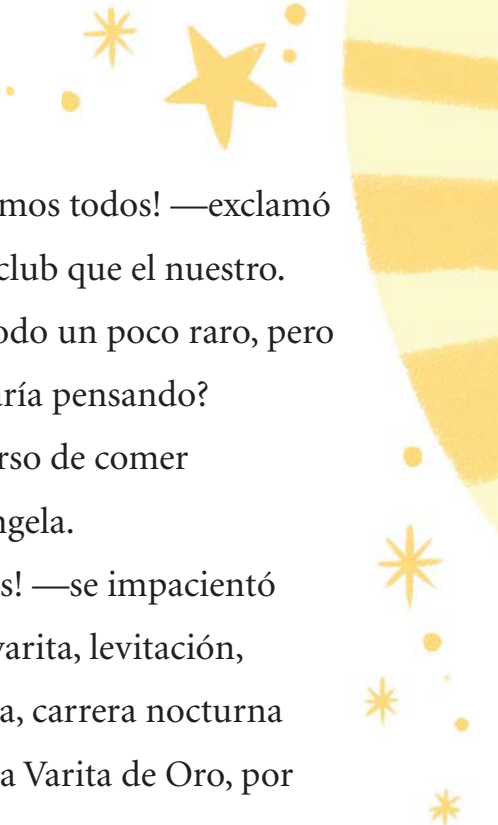
La verdad es que esperaba ver una bandada de brujos aterrizando en sus escobas.

—No seas brujipava —rio Marcus en el recreo—. ¿Crees que vendrán volando a plena luz del día? Seguro que llegan disfrazados y sin que nadie los vea.

—Pues ojalá aparezcan pronto —suspiré—. Estoy impaciente por saber cómo será el festival.

Por supuesto, Sarah Kazam ya conocía hasta el último detalle.

—Es un torneo amistoso entre cuatro clubes de la región —nos explicó—. Durante el fin de semana los aprendices competiremos para obtener diferentes diplomas.



—¡Seguro que los ganamos todos! —exclamó Marcus—. No hay mejor club que el nuestro.

Sarah lo miró de un modo un poco raro, pero no dijo nada. ¿En qué estaría pensando?

—Ojalá haya un concurso de comer guacamole —comentó Ángela.

—¡Son pruebas mágicas! —se impacientó Sarah—. Puntería con la varita, levitación, adiestramiento de mascota, carrera nocturna en escoba... Y luego está la Varita de Oro, por supuesto.

—¿La Varita de Oro? —preguntamos a la vez, como un coro de brujos cantores.

—Así es —asintió Sarah—. Es el trofeo para el club que gane una prueba especial de equipo.

—A lo mejor consiste en comerse una piscina de guacamole —suspiró Ángela.



—Y dale —resopló Sarah—. Se trata de un desafío misterioso que dura todo el fin de semana.

—Entonces podría consistir... en comer guacamole —insistió Ángela.

Por un momento pensé que Sarah la

convertiría en aguacate allí mismo. Menos mal que entonces algo nos interrumpió. ¡Eran Oliver y su pandilla, corriendo hacia la verja del patio!

Unos tremendos bocinazos resonaban fuera.

—¡Visitantes! —gritaba Oliver—. ¡Llegan visitantes al pueblo!

¡Por las astillas de mi escoba! Mira que si Oliver había descubierto a nuestros invitados.

—Falsa alarma —dijo Marcus al asomarse tras él—. Solo es una excursión de la tercera edad.

En efecto, tres autobuses de color tristón



estaban cruzando el pueblo. Unos ancianitos arrugados lo fotografiaban todo desde sus ventanillas. Pero todo de TODO. Semáforos incluidos. Si cambiaban de color, les sacaban otra foto.

Realmente, no sé qué podía resultarles tan interesante en Moonville. Al vernos en la verja, nos sonrieron y se alejaron agitando la mano.

Pasé la tarde asomada al escaparate de Coco



y Chocolate. Así se llama la pastelería que tienen mis padres en el centro del pueblo.

—¿Qué haces ahí? —me preguntó mamá—.

¿No deberías estar practicando para el torneo?

Por un momento me dio un vuelco el corazón.

Luego recordé que mis padres ya sabían lo del festival. Solo que a ellos les había dicho que era de matemáticas.

—Cla-claro —tartamudeé—. Estoy haciendo cuentas.

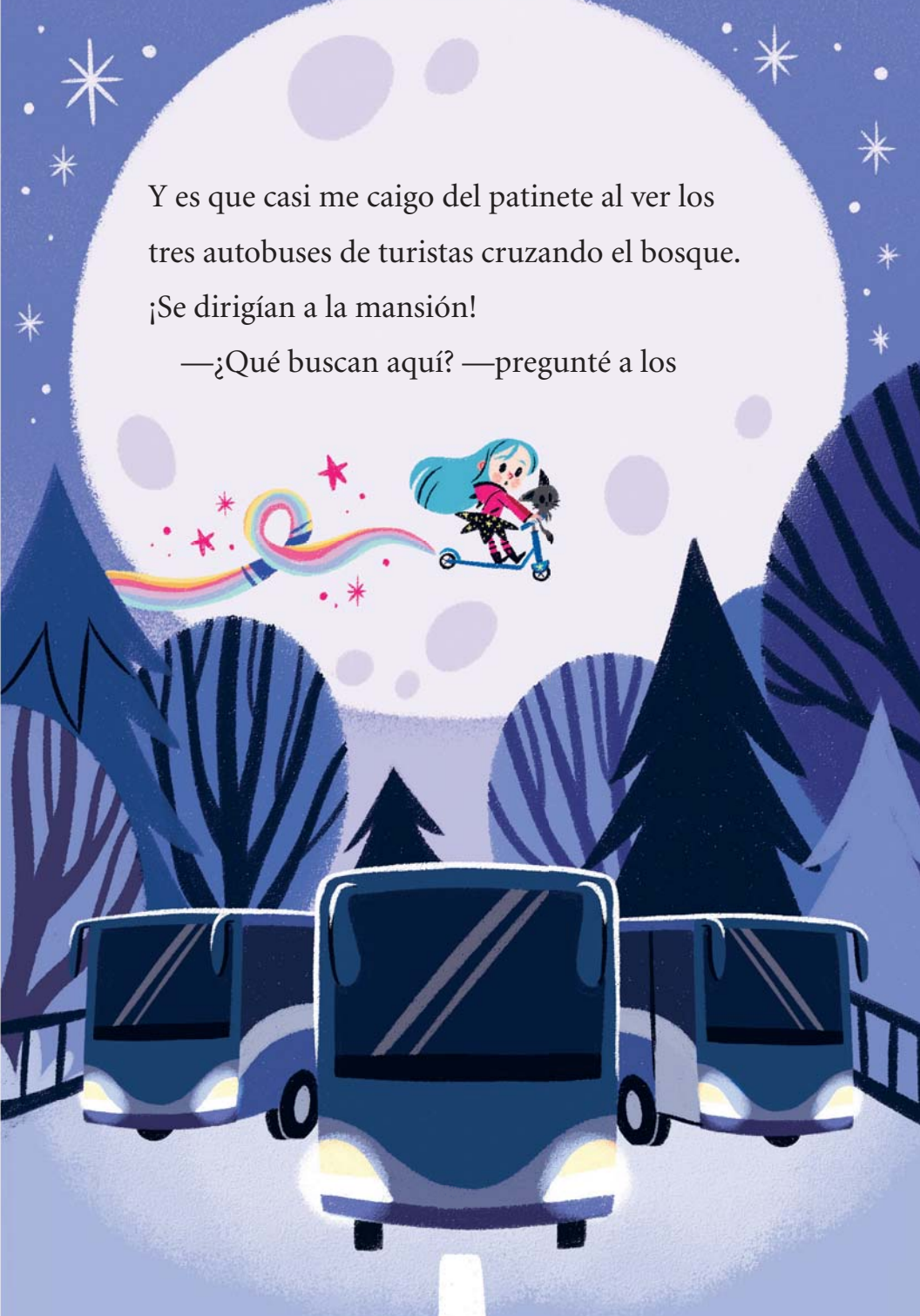
Para disimular me puse a multiplicar tartas de frambuesa por merengues de limón.

Por la noche volé en mi patinete hasta nuestro cuartel general. Estaba preocupada. Si los aprendices de magia no llegaban a tiempo, el festival se vendría abajo.

Al final, la que por poco se viene abajo fui yo.

Y es que casi me caigo del patinete al ver los tres autobuses de turistas cruzando el bosque. ¡Se dirigían a la mansión!

—¿Qué buscan aquí? —pregunté a los



demás—. ¿Se habrán perdido o creerán que esto es un museo?

Madame Prune y mis amigos corrieron a asomarse a un balcón.

—No son turistas, Anna —murmuró la profe, muy excitada—. ¡Son los aprendices del festival!

¿Aquellos ancianos? Pues sí que estaban tardando en sacarse el título de magia.

—¡No, es que vienen *disfradazos!* —replicó ella—. O sea... *frisdazados... diszarfadados...* ¡Ay!